



DON JACINTO

Taurino semanal batallador
que no admite billetes de favor.

SE PUBLICA LOS LUNES

Administración: D. Nicolás María Rivero (antes Cedaceros), núm. 10.

Número suelto 10 céntimos.

Director: «MATÍAS ESCORPIÓN»

Número atrasado 25 céntimos.

LAS GRANDES FIGURAS DEL TOREO



Antonio Fuentes, el Rey
del modernista toreo,
por la razón del refrán
que dice: En tierra de ciegos....



Los monos sabios.

El principal argumento que los adversarios de las corridas de toros esgrimen siempre, cuando pretenden demostrar que la fiesta nacional española constituye un atentado contra la moralidad y la civilización, es el repugnante espectáculo que ofrece al público el sacrificio de los caballos.

En puridad de razones, la cosa no tiene defensa, porque es cierto, es positivo, es innegable que el primer tercio de la lidia, aquí en que la bravura y pujanza del toro se manifiesta en toda su imponente fuerza está precisamente destinado a coartar las facultades de las reses, con detrimento inmediato y seguro de los caballos.

De aquí que estos pobres animales representen ante el público las escenas verdaderamente repugnantes que en beneficio propio explotan, como queda dicho, los implacables enemigos de las corridas de toros.

Sería realmente pueril, por nuestra parte, negar que la inmolación del caballo es un razonamiento firme y sin réplica para los que combaten la fiesta nacional.

Nosotros lo reconocemos así, franca y lealmente, sin rebozo alguno: que la muerte de los caballos no tiene defensa desde el punto de vista de la moral y de la humanidad. Hay que aceptar ese sacrificio cruel, como necesidad imperiosa y fatal de nuestra lidia. No puede existir sobre este punto seria discusión.

Pero por poco que el espectador se fije en las contingencias, siempre dolorosas para el infeliz caballo, á que da margen el primer tercio de la lidia, observará que hay elementos extraños al toro que contribuyen á aumentar en grado considerable repugnante y lo atroz del espectáculo.

El caballo tiene un enemigo constante, inconsciente y brutal: el toro. Pero tiene otro enemigo incansable, frío, despiadado y soez: el *mono sabio*; ese ayudante, mozo, asistencia ó como quiera llamarsele, cuyo apodo de *mono sabio* constituye, desde luego, un desatino formidable.

El toro cornea, hiere y mata al caballo, porque se encuentra de manos á boca con el pobre animal, al que embiste con mayor ó menor furia, como embisten las reses bravas á cuanto se les presenta delante, la locomotora inclusive.

Además, el caballo es escudo del picador para martirizar al toro, cansarlo y quebrarle sus facultades. El toro, pues, se defiende del picador, y hace presa en el caballo; pero hay en la suerte algo de grande, algo de imponente y severo, porque el primer tercio de la lidia pone de manifiesto la fiereza del toro en toda su plenitud, y da ocasión á los lances más variados, más terribles y más conmovedores, generalmente, de todo el espectáculo.

Hoy día puede decirse que la suerte de varas no existe; que la defensa del caballo es una quimera; que el éxito depende del mayor número de porrazos y de jacos muertos; pero en medio de todo, hay lucha evidente, y donde hay lucha, hay interés, y este interés hace desaparecer, ó poco menos, lo repugnante de las heridas que el caballo sufre.

El público ve al toro que se arroja sobre el caballo con ímpetu irresistible; ve al picador que cae con estrépito, y ve al espada que hace el quite. Y en el conjunto de este espectáculo, terrible, sí, pero admirable de todo punto, el caballo forma parte integrante del picador y cede por completo ante la atención que despierta el hombre.

En el calor de la lucha, el público no ve en el caballo más que una masa inerte que no se queja ostensiblemente, y la costumbre de aceptarlo como factor indispensable y principal de esa lucha, le lleva á mirarlo con la más sistemática y fría de las indeferencias.

Cuando el toro se marcha, entra en escena el *mono sabio*. Y aquí viene lo más repugnante, lo más odioso, lo más soez y brutal del asunto.

El *mono sabio* tiene una obligación: la de hostilizar de todas maneras, sin tregua ni reposo, al caballo. Armado de una vara de fresno, golpea al animal, cuando está parado, para que ande; cuando anda, para que ande más; cuando se detiene, para que vuelva al movimiento; cuando va hacia la izquierda, para que se dirija hacia la derecha, y viceversa.

Que el pobre cuadrúpedo se detenga, se mueva, se caiga, se levante, vacile ó se enderece, el palo del *mono* está allí siempre en acción, descargando estacazos á diestro y siniestro, en las costillas, en las ancas ó en la cabeza de la víctima.

El *mono sabio* y el palo son dos personas distintas y una sola barbaridad verdadera. Cuando no hay caballo delante, el palo del *mono sabio* golpea el suelo, ó golpea la barrera. Es la nostalgia del palo, constante, ferroz, inaguantable.

Cuando el caballo, herido en el pecho, comienza á verter sangre, si ésta no se á grandes borbotones, el *mono sabio* se aproxima y, llena de estopa, introduce la mano por la abertura, retirándola roja de sangre, asquerosa y repugnante, después de haber

empujado *ad recalandum* aquella compresa brutal, casi siempre inútil.

Cuando, herido en el vientre el animal, cuelgan sus intestinos y cede el desdichado á su peso, el *mono sabio* se apodera de una pica y hunde repetidas veces su extremo en aquellos colgajos informes de donde brota, á la faz del público, la materia escrementicia, salpicando el suelo, y salpicando á veces también al mismo *mono* y compañeros adyacentes.

Que un caballo se revuelva en la arena, luchando contra las ansias de la muerte. El *mono* no descuida su misión: lo coge por el rabo, lo coge por las costillas, sacude palos entre las orejas y no consigue otra cosa que martirizar al animal que, incapaz de incorporarse, espira al poco rato, después de haber recibido aquel bestial suplemento de castigo.

Que el caballo se mantiene en pie, pero sin fuerzas para caminar. El *mono sabio* se apodera de la víctima y la puntilea repetidas veces, casi siempre hundiendo el instrumento en la nuca del moribundo, hasta que acierta el *mono* y cae el animal.

En todas ocasiones, en suma, el *mono sabio* es el verdugo inseparable del caballo, al que golpea y maltrata y martiriza sin descanso, con la horrible frialdad, con la complacencia casi, de quien ha hecho de la necesidad contada, obligación permanente, y convertido en placer la obligación.

Que el público no va á la Plaza de toros á respirar un ambiente de *patchouli*; ya lo sabemos. Que ciertas sensibilidades están reñidas en absoluto con el espectáculo, lo sabemos también. Que los *monos sabios* no están para tratar á los caballos como amantes, no se nos oculta tampoco.

Pero, por Dios, que se evite como puede y debe evitarse, ese bárbaro encarnizamiento del hombre contra el caballo, ese martirio no interrumpido de éste por aquél.

A fe que el público es el primero en protestar siempre contra ese refinamiento, muchas veces *innecesario*, de crueldad.

Consérvese por lo menos aquello que fatalmente impone el espectáculo; pero destiérrase con mano firme aquello que quiere imponer brutalmente el hombre sin necesidad alguna.

Si hace falta un reglamento para los *monos sabios*, hágase en seguida y póngase coto á sus desmanes. El público lo viene indicando con sus repetidas y enérgicas protestas. A la autoridad cumple ahora tomar una eficaz determinación.

Lo pedimos como amantes de la fiesta nacional, á la que manchan y desacreditan estas BARBARIDADES

CUPIDO TORERO

MONÓLOGO

¡Pues, señor, soy hombre al agua! Tengo el corazón deshecho, y sospecho que mi pecho no es un pecho, es una fragua.

Encontré á Lola en la calle y sentí, al mirarla, frío: ¡qué ojos aquellos, Dios mío! ¡y qué talie aquél, qué talie!

No sé lo que me pasó; mas tan absorto quedé, que no ví un pilluelo que se llevaba mi reloj.

En fin, que su amor deseo, y aunque mi asedio resista, voy á emprender su conquista por las reglas del torero.

Que si bien el ron me excita y el tabaco me molesta, yo me piero por la fiesta en la que brilló *Guerrilla*.

Los toros son mi pasión; por contemplarlos me muero... Vamos, no nací torero por una equivocación.

Mas, volviendo á mi chiquilla... Lola es divino reflejo, y hoy he de hacer el *despejo*, por supuesto, sin *cuadrilla*.

Frente á su balcón espero, y en cuanto abra la vidriera, yo me quito la *montera*... quiero decir el sombrero.

Y al notar que con agrado fija su vista en mi porte, la doy *cañido un recorte* y quedo en firme parado.

Esto en cuanto á la muchacha; que si entre barreras veo de la suegra el rostro feo, con toques de cucaracha,

sin que el peligro rehuya, me dirijo al enemigo, y puesto en *suerte* la obligo á recibir una *puya*.

Y si dañina recarga (que recarga á, ¡de fiol!), recordando á *Lagaritjo* me largo con una larga.

¿He dicho algo? A la Lolilla después, con tino y cautela le remitré una esquela que oficie de *banderilla*.

Y antes de que ella me embroque apurando mi paciencia, estoy ya en a *Presidencia* con la *muleta* y *estoque*.

Marcho lo go á la pelea, y *parando* y *por derecho*, la doy tres *pases de pecho*, que ni *pintaos* por Perea.

Después, sigo en el *testuz*,

cuadro como el *arte* explica, y al fin la meto á la chica el *estoque* hasta la cruz.

¿Eh? ¿Qué tal? Me ha salido una corridita ¡que ya, ya!

¡Siempre que al postre el papá no saque la media luna!

¡Ea, pues, á la corridal!

¡Mi sangre es sangre española!

... ¡Diantre! ¡me daré esta Lola, como la otra, una *cogida*!

Las corridas de Sevilla.

LA PRIMERA

Se lidiaron toros de Pérez de la Concha, que dieron regular juego.

Fuentes no tuvo, que digamos, el santo de cara, pues á la hora de estoquear quedó regularmente, matando al primero de un pinchazo y una estocada caída y al segundo de un bajonazo.

Algabeño tuvo más suerte, pues despachó á sus dos enemigos de dos estocadas de las de efecto rápido.

Bombita chico acertó en el tercero, y al entrar á herir agarró una buena, empleando en el último dos pinchazos y una estocada aceptable.

LA SEGUNDA

Se corrieron toros de Miura, que cumplieron aunque sin ser cosa extraordinaria.

Fuentes siguió apático y desconfiado como en la tarde anterior, ignoro si por la sugestión del nombre de la ganadería, y á la hora de matar dió en su primero dos estocadas muy medianas, echándose fuera, y en el cuarto... corramos un velo, no pudo estar más desastroso, ni demostrar más pánico, encomendándose á Santa María *Jufo*.

Algabeño, que sigue de buenas, arreó dos estocadas de órdago, especialmente en su segundo toro, al que entró á herir con muchas fatigas.

Bombita chico también demostró cierto respeto á los Miuras. ¡lo que hacen ciertos nombres!, matando al tercero de una atravesada por irse, después de dos pinchazos, y al último de med a del lado de allá y el inevitable descabello.

LA TERCERA

Con toros de Moreno Santamaría se celebra la última de las de la feria de San Miguel. Intervienen en la pelea Fuentes y *Gallito*.

Fuentes, en el primero, después de pinchar tres veces, mató á su enemigo de una estocada corta bien puesta. En el tercero se desquitó de las otras tardes haciendo una buena faena de muleta, dejando á continuación media estocada en lo alto. En el quinto se repitió la cosa, pues con el trapo rojo se lució toreando, y en cuanto consiguió igualar, entrando con fe logró una estocada con tendencias.

Banderilleó á los toros primero, tercero, quinto y sexto, en unión de *Gallito*, con arreglo á todos los sistemas, sobresaliendo un par al quebro en el primero, uno de frente en el tercero y otro, también al quebro, en el quinto.

Gallito, como matador hizo bien poca cosa y confirmó nuestra opinión: que en ese punto sigue prulente y sin dar con la muerte de los toros. Con desconfianza toró el segundo de Moreno Santamaría, dejando á continuación media estocada sin estrecharse y un descabello. En el cuarto la faena también fue siñable, pinchando dió una atravesada y delantera, y un bajonazo precedido de dos sangrías, acabando con el último de la tarde de un pinchazo y media estocada, sin salsa ni coraje. Banderilleó también como Fuentes varios toros, aunque sin la fortuna de su compañero.

En resumen, una corrida aburrida y sin lances.

El público en general ha salido muy descontento del espectáculo, que, como en todas partes, este año ha dado un considerable bajón.

¡Cómo *cambean* los tiempos!

El Corresponsal.

CLICHÉS TAURINOS

Después de los toros.

—¡Vaya una corridita!—dice un socio entrando en el café y dando resopidos.

—No sé qué haya tenido la corridita: toros grandes, de lámina, con mucha madera y duros de patas.

—¡Vamos, hombre; usted vé los toros con lupa! ¡Mire usted qué grandes! ¡Y eran talmente *los terrereros*, ó como se diga.

—Oiga usted, amigo: yo estoy cansado de ver toros, mejorando lo presente.

—¡Muchas gracias!

—Y hace veinte años que estoy *abonao* á una grada del 8, y he visto torear desde Gonzalo Mora hasta el *Canario* de la última ería. Los toros de esta tarde eran toros, y ya los quisieramos para un día de fiesta.

—Yo no.

—Vaya, señores, me voy.

—Venga usted acá y discuta con los hombres leales y dignos.

—Yo, ¿qué quiere usted que discuta con usted?

¡Le veo de venir! Y como no hay toreros

en España más que los cordobeses, ni en Europa tampoco, eso es, no quiero conversacion inútil.

—De modo que usted cree que los cordobeses...

—Sí, señor: allí está por lo menos la solera, eso es, no me lo negará.

—Vamos, le veo á usted haciendo menos bulto que un cañamón.

—¿Conque los cordobeses? ¿Pues qué, en Sevilla se chupan el dedo? ¡Pá toreros, Sevilla! Eso de Córdoba se acabó con el *Guerra*.

—Sí que el *Machaco* y el chico de Juan no son naide.

—Quite usted: son dos lentejas. *Machaco*, ¿qué? algunas veces se arrima y mata, y se acabó. ¿Torear? ¡Menos que un pimiento, y le concedo á usted una barbaridad. Y de *Lagaritjo* no hablemos. ¡Hay quien dice que dentro se trae una cátedra y que el día que quiera se le vá á enderezar el pescuezo y nos vamos á morir de gusto! Pero también nos pasamos, ya se acordará usted, diez años con el *Curro*, diciendo: ¡Si quisiera este hombre! ¡Y se marchó de los toros dejándonos con la misma duda! Creame usted: en Córdoba se ha acabado la simiente.

—¡Ay, qué gracia, ¿y dónde está? ¿en Sevilla?

—Pues es claro.

—De modo que Fuentes y *Bombita* y el *Algabeño* pa usted los tres evangelistas.

—¿Qué duda coge?

—Pues le acompaño en el sentimiento. Si le quita usted á Fuentes los tres primeros pases de ordenanza, un par que cambie en banderillas y las ondas del pelo, ¿qué queda? ¡El vacío, ó para que se entere usted más científicamente, el éter.

Bombita, ya sabemos lo que da de sí. Más pinchazos que una camisera, y descabellando, amigo mío, confunde á los toros con un puesto de dátiles.

Algabeño no es otra cosa que un *obús* taurino: mata casi tanto como una epidemia; pero en cambio no se abre de capa ni ante un amigo íntimo.

—Usted habla así porque chupa bien y le regalán el billete de los toros y tiene usted pagado todo lo que beba.

—¿Yo chupón? Eso no me lo dice usted en la calle.

—¡Naturalmente! ¡Como que lo acabo de decir aquí mental!

Y como por encanto surgen por el aire botellas, copas y medias tostadas, sillas y hasta la rodilla del mozo, que al ver semejante estropicio por cosa tan insignificante según él, exclama filosóficamente:

—¡Buena está la afición! ¡Y pensar que los primeros que llaman lilas á estos individuos son los mismos toreros! ¡Lo peor es que el defensor de los cordobeses se ha marchado sin pagarme la zarza!

Luis Giallón.

LA CORRIDA DE ÚBEDA

Con buena entrada y tiempo magnífico se celebró la anunciada corrida.

Los toros de D. Valentin Flores, vecino de Vianos, fueron de poca representación, cortitos de cuerna y muy blandos al hierro, con tendencias á la mansedumbre. El quinto llevó fuego por su excesiva buyeza.

Lagaritjo dió á su primero, después de una aceptable faena de muleta, una estocada contraria entrando con coraje; en el segundo, con la muleta estuvo breve y confiado, entrando á herir con un pinchazo, quedándose el toro, repitiendo con una estocada corta echándose fuera y una algo atravesada, y en el último agarró media estocada buena, un poco delantera, con concesión de oreja.

Toreando de capa dió algunos lances regulares en el primer toro.

Machacito Huido y descompuesto halló á su adversario, segundo de la tarde, y sufriendo algunas coladas peligrosas lo toreó de muleta. El hombre se desconfió, haciendo una faena muy bailable, terminando con dos medias estocadas malas. Con el cuarto estuvo valiente, aguantando bien con el trapo rojo y atizando un soberbio volapié que le valió la oreja de su enemigo.

En el sexto dió unos cuantos pases con la derecha, un pinchazo hondo y una estocada caída.

Los espadas banderillaron sin lucimiento al cuarto toro, dejando medio par al cuarteo cada uno de los niños.

En las banderillas se distinguió *Patalero*. De los toros, el cuarto, que fué noble y pujante.

Los caballos no se estrenaron.

El Moreno de Jaén.

EL TENDIDO DE LOS SASTRES

A los sastres de Madrid.

Indudablemente, sobre nuestra honradísima clase pesa una gran calumnia desde tiempo inmemorial, casi desde que la indumentaria primitiva del hombre se perfeccionó, merced al invento del hilo formado por tiras de las mismas pieles, y se echó de ver la necesidad de un artefacto que uniese éstas con habilidad y buen gusto, creándose nuestro importante oficio.

Pues bien: desde entonces ¡y ya va fecha! pesa sobre la clase esa gran calum-

nia, que el mismo tiempo se ha encargado de borrar.

Ello es que cuantas referencias se hacen de nosotros en comedias, historias, novelas, romances y proverbios viejos, tienden a presentarnos como seres miserables, capaces de todo lo malo é incapaces de nada bueno, fuleros, malandrines, procaces, desalmados hasta el punto de que tropezar con un sastre hace siglos debía ser poco menos que tropezar con el propio diablo en persona.

Nada faltaba para que nos negasen la sepultura en sagrado, como á los cómicos.

Aunque lo mismo tenía, porque Quevedo dió por sentado que no nos alcanzaban respuestas ni oraciones, y puso de patitas en los infiernos á mí, el *Sastre del Campillo*, por embustero y otras cosas, en unión de Vargas, Pero Grullo, Juan de las Viñas, Calainos y demás condenados de la misma estofa.

Del concepto social que por entonces merecíamos, da exacta idea la frase con que hampones mendigos sintetizaban su mala suerte en la explotación de la caridad pública: *no pasa un hidalgo—decían—¡todos son sastres!*

El mismo Cervantes escogió á un sastre para que pusiese el sentido práctico de Sancho como gobernador de la Insula Barataria en grave aprieto; todos recordarán el episodio de las cinco monteras, cuya sagacidad costó á nuestro *baratarío* compañero la pérdida de las hechuras.

Ruiz de Alarcón nos tacha de maliciosos ¡menos mal en una de sus mejores comedias:

—Y vos que tan malicioso habláis, ¿qué sois?

—Yo soy sastre.

—Yo ventero; vamos horros.

Este *horros* ya es ofensivo; porque indica que el ventero conceptuaba al sastre, sin previas exploraciones, capaz de ponerse con él de acuerdo para cualquier celada.

Vamos horros—le decía,—ó lo que es lo mismo, *vamos á pacha, vamos á la uva, vamos á medias*, como se dice en los tiempos actuales.

¡Ya veis! ¡Hasta los venteros se codeaban con nosotros!...

Y no quiero citar otros muchos testimonios de nuestra *descalificación social* en los viejos tiempos, por no hacer el artículo interminable.

Los hechos han venido á demostrar que se trataba de una infame calumnia. ¿De qué pasta eran nuestros antecesores en el oficio, distinta que los demás, para resultar peor que todos ellos?... ¡Calumnia, calumnia!

Cuidado que yo no intento probar nuestro aboleigo, nuestra sangre azul; entre otras razones, porque la misma aristocracia cuenta, allá en los albores de su progenie, soldados mercenarios, aventureros, lo *peorrito de cada casa*, los cuales no tenían condición buena más que la del valor, cuyas hazañas consuntuyen hoy los blasones de sus descendientes. ¡Pues no parece sino que Dios, al crear á Adán, le dió con la vida el título de duque, de marqués ó de conde!...

Le dió el de *varón*, ¡que ya es bastantel Ni vosotros tendreis tampoco interés en que yo descubra la *Dinastía de los sastres* noble y poderosa, y menos en estos tiempos del socialismo en que la *fraternidad universal* llama á nuestras puertas y amenaza derribarlas para demostraros que *todos somos unos*.

Yo, al menos, declino modestamente la parte de grandeza que, como compañero vuestro, pudiera tocarme por esta heráldica información.

Me basta y me sobra con consignar la calumnia de que hemos sido objeto en la antigüedad.

Efecto de esta calumnia nos achacaron también la falsa especie de *ir de gorra* á los toros, y de aquí vino la célebre frase de *el tendido de los sastres*.

Todos sabéis que desde que los moros andaluces nos trajeron, con otras mil costumbres artísticas hijas de la oriental poesía, la de alancear y correr toros (perdóneme los revistero—*si me meto en honours*, que diría mi amigo Flores Garcia), el pueblo, artista por naturaleza, se prendó de ella y se volvió loco por presenciar sus fiestas, luchando como siempre, con la absorción de ricos é influyentes, los cuales ocupaban el mejor puesto en ellas y á veces las monopolizaban por entero dándolas á *puerta cerrada*, como las vistas de las causas escabrosas.

Esto obligó á los desheredados de la fortuna á buscar todos los resquicios posibles para presenciar el espectáculo y acomodarse unas veces en los tejados de las casas que formaban el coso, otras en los desmontes próximos, desde los cuales se dominaba la candente arena, otras bajo de los tabladros erigidos por el privilegio; siempre en un sitio libre de gastos é influencias, ninguno de los cuales estaban á su alcance.

Sin duda los pobres y las comadres que constituían la base de aquel congreso aprovechaban la estancia al sol para remendar sus harapos y zureir sus trapitos en los intermedios, con objeto de no robar tiempo á la mendicidad y al arreglo de la casa, y el aspecto de *taller de costura* que aquella masa presentaba dió origen á que á algún gracioso se le ocurriese llamar al sitio ocupado por ella *tendido de los sastres*. frase que hizo fortuna y que hoy se conserva para designar el lugar donde el pueblo asiste á cualquier espectáculo privado, sin pagar localidad.

Desdichadamente, el progreso ha tendido constantemente á garantizar los derechos de los ricos, y hoy es imposible que un pobre presencia de la fiesta nacional más que la entrada de las cuadrillas y la salida de las víctimas al degolladero; así es que frase la de *el tendido de los sastres* va cayendo en desuso por falta de él.

Y ¡para que se vea la calumnia que la antigüedad lanzó sobre nuestra clase! No sólo no han dejado los sastres de asistir á los toros, sino que forman la parte más importante del abono, porque la mayoría, por no sé qué misteriosa asociación de gustos, son muy aficionados.

No sólo asisten ellos, sino que asisten los parroquianos que no les pagan, quienes en la antigüedad inventaron la calumnia para vengarse de sus acosos y en la actualidad la mantienen.

Hay sastre que encuentra en un tendido á todos sus acreedores.

De modo que el tiempo ha venido á borrar la calumnia y á demostrar que en vez de *el tendido de los sastres* debe decirse *el de los parroquianos tramposos*.

El Sastre del Campillo.

Por qué no se despid
“Bombita,, en Madrid

A toda la afición madrileña le ha causado gran extrañeza el que no se diga ni se hable de la despedida de este torero en nuestra Plaza. La causa de ello la vamos á dar á conocer á nuestros lectores. Hace más de un mes que nuestra Empresa escribió á **Bombita** pidiéndole condiciones para organizar la corrida de despedida, á lo que contestó cortésmente el diestro que tan buen sitio supo ocupar entre toreros como **Guerrita**, **Mazzantini** y el infelizmente **Reverte**, pidiendo **15.000 pesetas**, cantidad que tratándose de una corrida de beneficio no es excesiva, comparándola con los miles de duros que otros toreros han pedido en el día de su retirada.

Tanta impresión le ha hecho á Niembro la petición de **Bombita**, que no ha podido ni contestarle.

Lo que él dirá:
—¡Con 15.000 pesetas compro una ganadería y me dura para dos abonos dándola á sorbitos!

TOREROS COMICOS

Ya sabemos que la mayor parte lo son, pues hoy el toro no es otra cosa que una comedia bien productiva; pero no se trata ahora de eso. Parece ser que para ayudar á la *Sociedad de Autores* en el pleito que tiene pendiente, en el caso de que se lleve á efecto una huelga de cómicos, varios diestros se han ofrecido ya que en el invierno no hay toros, á desempeñar algunas obras.

- Fuentes**.—El último figurín.
- Bombita chico**.—¡Viva mi niña!
- Machaquito y Montes**.—¡Al agua, patos!
- Saleri, Bebe chico y Guerrito**.—Las tres jaquecas.
- Niembro**.—Acompañó á usted en sentimiento.
- Gallito**.—Ki-ki ri-ki.
- Litri**.—Tragaldabas.
- Vicente Pastor**.—El payo de la carta.

- Mazzantini**.—El terrible Pérez.
- Quinito**.—El tanto por ciento.
- Potoco**.—La marcha de Cádiz.
- Machaquito**.—El famoso Colirón.
- Canario**.—En las astas del toro.
- Villita**.—Cambios naturales.
- Parrao**.—Colorín colorao.
- Algabeño**.—Torear por lo fino.
- Lagartijo**.—Oro, plata, cobre y... nada.

- Jerezano**.—El puñao de rosas.
- Bienvenida**.—Más vale maña que fuerza.
- Chicuelo**.—El que nace para ocharvo...
- Lagartijillo chico**.—¡Tío, yo no he sido!

LA ODISEA DE UN TORERO

Sin arreglos, tal como está escrita, publicamos la adjunta carta para que no pierda su pintoresco de su estilo ni el perfume de su inocencia.

Dice así:
«Sr Director de DON JACINTO.
Muy señor mío: Ante todo ruego á usted me dispense la libertad que me tomo al dirigirme á usted; pero la necesidad me obliga á ello, y usted creo será lo suficiente benévolo para disculparme.
En el mes de Julio pasado fui llamado para torear una corrida de novillos en la Plaza de Barcelona. Vine desde mi domici-

lio (Albacete) para torearla, y cuando llegué á esta capital ví anunciado á otro en mi lugar; lo hice presente á la Empresa, y ésta me manifestó que al domingo siguiente saldría, y así vinieron engañándome hasta el sábado 26 de Septiembre, en que se me citó para el domingo á las doce con el fin de firmar el contrato que había de salir efectos el domingo 11 del actual.

Al presentarme el domingo á la hora antedicha en la Plaza de toros el Sr. Guarnez me dijo que por diferencias surgidas la noche antes con el *Valenciano* tenía yo que salir aquella tarde.

Figúrese mi sorpresa cuando yo llevaba tres noches sin dormir y no estaba preparado.

Sali por fin aquel domingo, y sin estar en condiciones, como usted en su buen talento habrá comprendido, eché fuera mis dos toros dando al primero un pinchazo y una estocada buena, y á mi segundo una estocada que hubiera bastado si el peonaje hubiera cumplido con su deber, y otra estocada que le di viendo que los peones no hacían nada.

Como usted verá, mi faena no es tan desastrosa como han dicho periódicos y corresponsales de los mismos en Madrid; y como he de torear en esa, acudo á usted por ser el periódico de su digna dirección el único que, á mi entender, defiende desde sus columnas á los que, como yo, no disponen de personas lo suficiente influyentes para hacer volver lo blanco negro, y viceversa.

Además, los buenos aficionados de aquí vieron que como *Cantarritos* fué inutilizado en el primer toro, me quedé solo con *Dauder*, y como éste es valenciano y las cuadrillas también lo son, toda su faena se redujo á tirarme á mí y ayudar á *Dauder*, oyéndosele decir á uno de ellos, el *Salao*: «Anda, *Dauder*, que estamos aquí y él está solo; que es tuya la pelea; y si en el sexto toro, como antes digo, no le hubieran dado vida con oxígeno, hubiera muerto de mi primera estocada.

En fin, señor Director, termino mi carta y lata taurina pidiendo á usted se sirva desde las columnas de su ilustrado semanario hacer constar lo antedicho, insertando, si lo estima justo, estos mal arreglados renglones con el fin de que los aficionados madrileños no me crean un loco ó un suicida, cuando no soy ninguna de las dos cosas.

Esperando me dispense, y dándole un millón de gracias anticipadas, disponga como guste de su afectísimo seguro servidor q. b. s. m.

JULIO LINARES.

s/c Cadenas, 47, primero.

Barcelona 20 Octubre 1903.



Desaparición de Andana.

Dieron las siete, las ocho, las once, y nada, nuestro querido compañero sin aparecer por la Redacción de DON JACINTO. ¿Qué podría haberle sucedido?, nos preguntamos con inquietud, conociendo su formalidad. ¡Celebrarse corrida de toros y no enviarnos á estas horas la revista! Es increíble! ¡Algo muy grave debe haberle ocurrido! Y llenos de azarosa solicitud nos dirigimos en su busca y captura, por todos los sitios que tiene costumbre de frecuentar. En todas partes idéntica pregunta y análogo respuesta: ¿Y *Andana*? ¡No lo sabemos! ¿Han visto ustedes á *Andana*? ¡No ha venido! ¡Rediez con el hombre! ¿Dónde estará?

Busca que busca, indaga que indaga, llegamos á la propia Plaza de Toros. El silencio de la noche hacía más solemne nuestra peregrinación. Entramos para juzgar del hermoso efecto de luna que daba proporciones de fantástica decoración al amplio cerco madrileño, cuando un estridente ronquido llamó nuestro interés hacia determinado punto de la Plaza. ¿Un hombre allí? ¿Quién podrá ser? Nos dirigimos al tendido número 1, y cuál no sería nuestra sorpresa al reconocer en el durmiente á nuestro suspirado compañero *Andana*.

—¿Dónde estov?—nos preguntó al verse entre nosotros. Y luego, restregándose fuertemente los ojos, dijo que la corrida de toros quince de abono con reses de Bañuelos y los espadas *Mazzantini* y *Quinito*, le había producido tal sopor, sueño tan profundo é invencible, que de no haber llegado nosotros, quién sabe si no habría despertado hasta el día de la retirada de D. Luis, que lleva camino de ser el del Juicio final.

—Bueno; pero la corrida, ¿qué?—le preguntamos.

—¡Ah! pues la corrida—dijo *Andana*, dando un gran bostezo ¡precioso!

Los toros barbeando las tablas, colándose al callejón con notoria desfachatez, más huidos que un expolicia comprometido y mansos á prueba de banderillas de fuego, como el cuarto.

Sólo el lidiado en tercer lugar hizo buena pelea, creciéndose después de la primera vara, entrando con poder, cabeza y voluntad en las acometidas. El último demostró alguna bravura; pero como era una choteja indecente, como casi todos los lidiados, el hombre, á la hora de cagarse los caballos, hizo patente, su escasez de facultades.

Mazzantini. ¡Aaaaah!... ¡Permitidme que siga bostezando!

Quinito. ¡Aaaaaah! Sólo de recordarlo se me abre la boca y se me cierran los ojos nuevamente.

Matando, D. Luis entró á herir bien algunas veces y *Quinito* nos obsequió con sus bien cortadas prendas chalequeras.

Tomá; *Mazzantini* recibió una formidable bronca porque, como siempre, se volvió al público, y eso no se puede consentir ni tolerar. El público se merece más respeto, pues gracias á él y á su excesiva benevolencia figuran en el toreo diestros que estarían muy bien en su casa leyendo el *Rocambolo* ó adivinando quién tiene las *quinientas pesetas de A. B. C*

Los banderilleros mal, rematadamente mal.

D Luis puso en el sexto toro un buen par de las corrientes.

Quinito hizo un gran quite, y los *Chanos* y *Melones* picaron bien algunas veces.

¡Qué corridita, amigos míos! ¡Aaaaah...! ¡Cualquier día cogéis en otra como ésta á vuestro compañero

Andana.



(INFORMACIÓN TELEGRÁFICA DE NUESTROS VERDADEROS CORRESPONSALES)

Toros en Barcelona.

4-21-12

Ganado de Pablo Romero, excelente de presentación y cumpliendo muy bien en la lidia.

Bonarillo, que sustitua á Fuentes por hallarse enfermo, y **Machaquito** salieron del paso condenados á un desesperante aburrimiento, deslizando la corrida en medio de una sosería inaguantable.

Bonarillo y **Machaquito** banderillaron al sexto toro, animándose la cosa un poquito, aplaudiéndose en el espada cordobés su temeridad.

El público salió descontento.

Franqueza.

Novillos en Bilbao.

4-18-35

Los novillos de Teodoro Valle resultaron bravos, matando cinco caballos.

Corchaito, Relampaguito y Chico de Begona, bien.

Entrada de las de perder.

Bregando se distinguió **Lunares.**

Don Justo.

Corrida en Burdeos.

4-18-20

Los novillos de Carreros cumplieron.

Canisero se deshizo de sus enemigos de dos estocadas y banderilleó en silla al quinto toro, siendo ovacionado.

Mazzantinito y **Serenito** bien.

Boubier.

HERRADERO

Con profunda sorpresa hemos visto que *Dulzuras* nada dice en *El Diario Universal* de anoche, del diestro *Machaquito*.

¡Un día sin hablar del espada cordobés!

¿Pero esa imaginación, amigo *Dulzuras*, para qué sirve?

Es verdaderamente extraño este silencio en el administrador de orejas de *Machaquito*.

×

¿Otro?

Ha dejado de formar parte de la cuadrilla de *Quinito* el banderillero *Maera chico*.

¡Vamos, hombre!

Desde luego será por exceso de sueldo, nos lo figuramos.

×

Pepe Hillo y su hermano *Llaverito* han salido para Lima, donde torearán este invierno.

Nos alegramos, porque de seguir en España seguramente les hubieran salido telarañas.

¡No se movían de su rincón!

×

Nuestro querido amigo el conocido aficionado D. Manuel Acedo se ha encargado de la representación de la Empresa de Bilbao en Madrid

Suma y sigue, amigo Manolo.

×

La libertad es de oro; la república, de plata; la monarquía, de cobre; los toreros, de hojalata.

×

Según nos comunica nuestro activo corresponsal de Algeciras, Sr. Soto, la Empresa de aquella Plaza ya tiene ultimado el cartel para las corridas de feria del año próximo, en la forma siguiente:

5.—Junio.—Villamarta: *Bombita chico*, *Machaquito* y el *Morenito de Algeciras*.

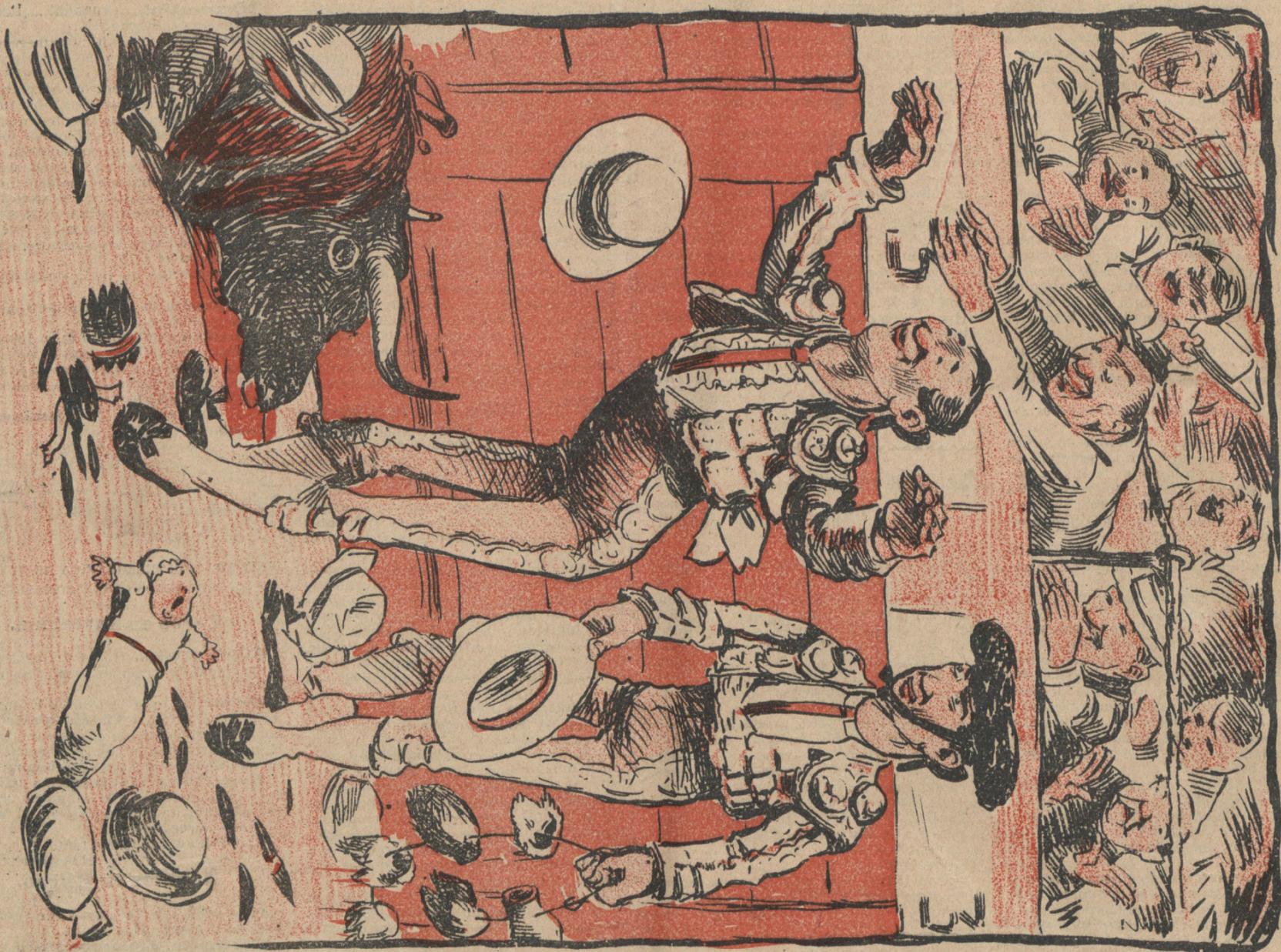
6.—Toros de Cámara por los mismos diestros.

7.—Ganado de Surga por los mismos cosecheros.

×

El novillero *Segurita*, que acaba de desembarcar procedente de Méjico, toreará en Barcelona el 11 del corriente novillos de Moreno Santamaría.

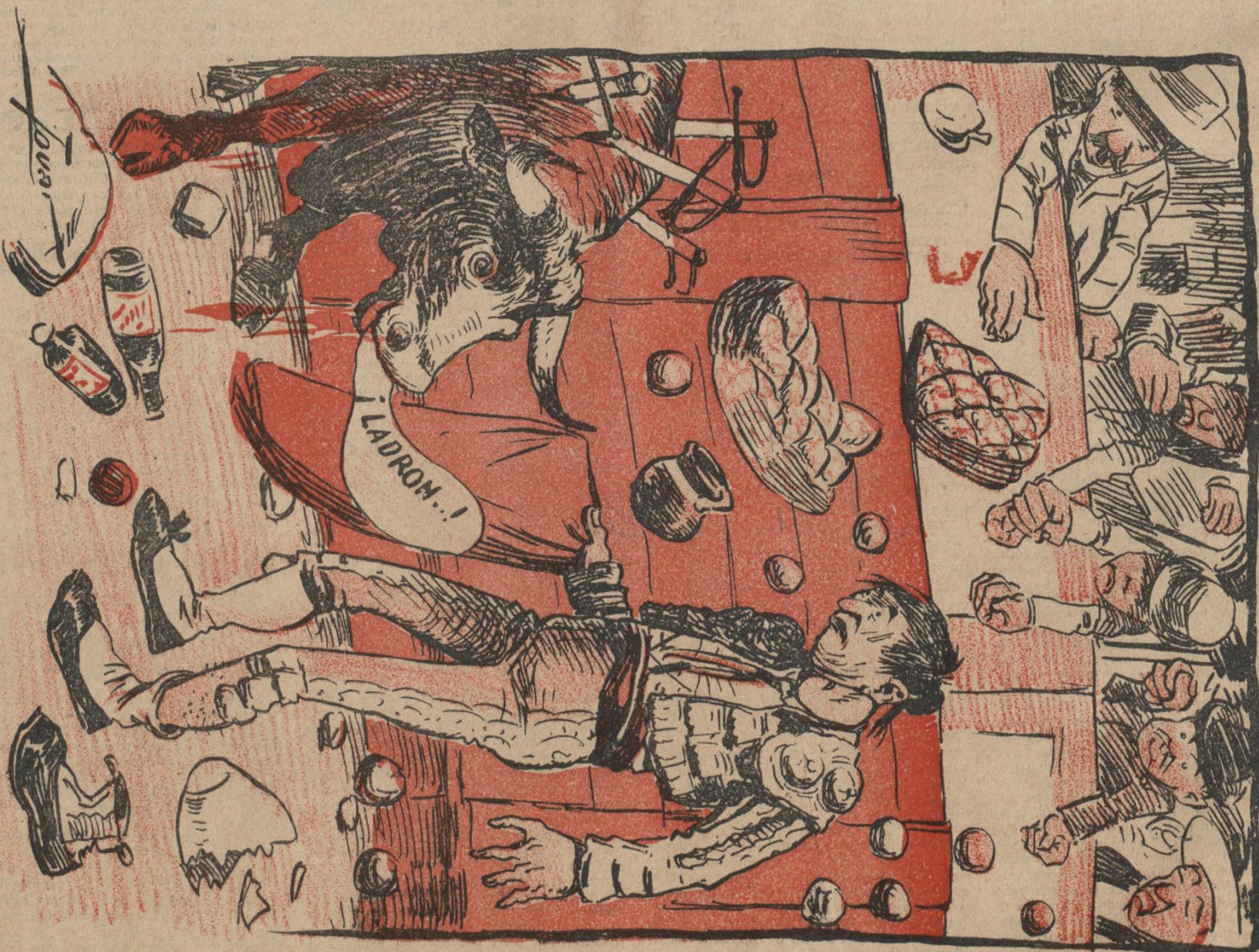
ANVERSO



Como quedan los matadores por telégrafo.

MEDALLAS TAURINAS

REVERSO



Como quedan en la realidad.